



## La experiencia de la propia miseria como conocimiento del mundo<sup>1</sup>

**Adela Muñoz Fernández**  
(Universidad Autónoma de Madrid)

En el Canto XXI de *La Iliada* asistimos a una de los pasajes más bellos de la obra homérica. Héctor, el héroe troyano, queriendo herir profundamente a Aquiles, le arrebató a éste lo que más quiere: su amigo Patroclo. Aquiles jura venganza y mata a Héctor, dejando su cadáver en un patio para ser devorado por los perros a la mañana siguiente. Pero el guerrero aqueo no cuenta con la inesperada visita nocturna de su enemigo Príamo, rey de Troya y padre de Héctor, que viene a suplicarle humildemente, le permita llevarse el cadáver de su hijo para enterrarlo con los honores debidos. La ira y el resentimiento de Aquiles se disipan, sin embargo, al contemplar el noble y triste semblante del viejo rey troyano y se apiada de él, entregándole el cadáver de Héctor.<sup>2</sup> Aquiles se reconoce en el dolor de Príamo y ambos se consuelan mutuamente por la pérdida de sus seres queridos, llegando a la conclusión que el ser humano nada puede hacer frente a los hechos que se le imponen de una forma inexorable. Los dioses deciden la fortuna de los humanos. Esta aceptación de lo que acaece - de la voluntad de los dioses - se expresa a lo largo de toda la *Iliada* tanto en boca de los aqueos como de los troyanos. Por citar sólo un ejemplo: Zeus coloca en un tonel lo bueno y en otro lo malo y los mezcla y los reparte igualmente entre los humanos, favoreciendo así unas veces a griegos y otras a veces a troyanos. Los dioses ni favorecen ni perjudican a nadie en especial, por ello el dolor que a uno le llega en un momento determinado se interpreta como la necesidad de equilibrar el bien

---

<sup>1</sup> Ponencia pronunciada en el Congreso Internacional: "Miseria y dignidad" (20-23 de mayo de 2004), organizado por el "Instituto Lucio Anneo Séneca" de la Universidad Carlos III

<sup>2</sup> „Mas cuando ya se sació de su llanto

Aquiles el divino,

y ya de sus entrañas y sus miembros

su vehemente deseo se alejó,

al punto levantóse de su asiento

y, asiéndole la mano,

al anciano [Príamo] ayudaba a levantarse,

pues le compadecía

por su cabeza cana

y por su cana barba,

y, entonces, en voz alta

a él aladas palabras dirigía:

„Ay infeliz, cuántas calamidades

tú, efectivamente,

has soportado dentro de tu pecho!“

(Homero: *Iliada*, Canto 24, versos 513-519, ed. de Antonio López Eire, Cátedra, Madrid, 1997.)

gozado anteriormente.<sup>3</sup> El sentimiento de miseria procede por tanto del reconocimiento de que lo que acaece en el mundo no siempre puede girar en torno a nuestros intereses; es decir, el mundo no es el escenario donde la voluntad domina constantemente.

Este sentimiento es descrito también en los últimos versos de la *Odisea*, los cuales finalizan precisamente con la advertencia de Atenea al arrogante Ulises de no desafiar más a los dioses.<sup>4</sup> Al comienzo de la *Odisea* Ulises había pregonado que la victoria sobre Troya se debía únicamente al esfuerzo de los griegos y no al favor de los dioses. Esta osadía del guerrero griego al intentar traspasar sus límites de acción y atribuirse honores que no le corresponden es contestada con el destino que le imponen los dioses: vagar eternamente con su barco y no encontrar jamás Itaca. Sólo cuando el desventurado Ulises reconoce su arrogancia, esto es, reconoce que su voluntad no es soberana en el mundo, se encuentra de repente en su patria. Este retorno hacia el hogar, hacia el lugar propio, hacia uno mismo en definitiva pasa, pues, por el reconocimiento de los propios límites y de este reconocimiento procede, como he apuntado anteriormente, el sentimiento de miseria. Este sentimiento pone de manifiesto los límites de la voluntad humana que no puede imponerse siempre, pero al mismo tiempo posibilita - y esto se muestra claramente en la literatura clásica griega - el reconocimiento del dolor del otro y con ello se impide la espiral de violencia y de venganza. Con otras palabras, se impide la degradación del ser humano. Por ello es posible a través de la miseria reconocer la dignidad humana. Es esto lo que le ocurre a Aquiles en el Canto XXI de la *Iliada*, con el que he comenzado esta comunicación: es la contemplación del dolor de Príamo lo que hace recapacitar al guerrero griego hasta el punto de pasar de ver en él a su peor enemigo, a ver a un anciano doliente por la muerte de su hijo. Priamo recupera aquí toda la dignidad ante los ojos de Aquiles. Porque la miseria procede de la conciencia de saberse limitado, pero es precisamente esta conciencia la que otorga dignidad al ser humano. La capacidad de reconocer en la miseria del otro la propia miseria dignifica al ser humano. Por ello afirma Pascal que la grandeza del ser humano reside únicamente en el conocimiento de su propia miseria.<sup>5</sup> Casi con idénticas palabras se expresa la filósofa francesa Simone Weil al afirmar que lo único no miserable en el ser humano radica en el reconocimiento de su miseria.<sup>6</sup>

---

<sup>3</sup> “Porque hay asentados a la entrada del palacio de Zeus, dos toneles que los dones contienen que él reparte; es el uno de bienes recipiente y el otro lo es de males.

Y aquel a quien le conceda Zeus (...), dones mezclados del uno y del otro, unas veces con el mal se tropieza y otras, en cambio, con el bien se topa.” (Ibid, Canto XXIV, versos 527-530.)

<sup>4</sup> “Laertida (...), ingenioso Odiseo.

Tente y haz que termine esta lucha mortal para todos, No sea que Zeus el longividente Cronida se aire.”

(Homero: *La Odisea*, ed. de José Alsina, Planeta, Barcelona, 1989, pág. 396.)

<sup>5</sup> “La grandeza del ser humano es grande cuando él se reconoce miserable”. Blaise Pascal: *Pensamientos*, ed. De Mario Parajón, Cátedra, Madrid, 1998, (114).

<sup>6</sup> Simone Weil: “La connaissance de notre misère est la seule chose en nous qui ne soit pas misérable.” (CVI: 335, en *Cahiers IV-VII (sept. 1941-febr. 1942)*, Gallimard, Paris, 1997)

Simone Weil nos ofrece además un bello ejemplo de la vinculación entre miseria y dignidad a partir de su interpretación del *Prometeo encadenado* de Esquilo.<sup>7</sup> Prometeo ha cometido el delito de regalar el fuego a los seres humanos sin el consentimiento de Zeus. Éste le condena por haberse extralimitado en su poder y le castiga a vivir atado a una roca y a que su sufrimiento esté continuamente expuesto a la vista de dioses y mortales. Estos espectadores de su dolor se detienen ante la roca y contemplan a Prometeo, algunos con piedad, otros sin ella. Ahora bien, Zeus promete castigo a todo aquel que no se compadezca del destino del otro, porque él es “el protector de los suplicantes” y castiga toda indiferencia ante el dolor ajeno.<sup>8</sup> Es decir, la indiferencia ante el sufrimiento ajeno es motivo de condena. Tanto Zeus como Prometeo se limitan mutuamente. Prometeo paga por su osadía -su extra-limitación- de tomar una decisión, la de regalar el fuego a los mortales, que le correspondía en realidad tomar a Zeus. Éste paga a su vez con su propio dolor, pues sabe perfectamente que la condena de Prometeo es injusta, de ahí que le duela que no se muestre compasión hacia éste. Zeus mismo se ha expuesto voluntariamente al reproche de dioses y mortales al castigar a Prometeo. De esta tragedia concluye Simone Weil lo siguiente: la miseria de Zeus consiste en saber que con su castigo a Prometeo se ha extralimitado en su poder. Hay que cuestionarse, sin embargo, si realmente Zeus siente tanto el dolor de Prometeo y que tenga remordimientos por haber castigado a aquél, como asegura Simone Weil.<sup>9</sup>

La miseria de Prometeo consiste en haber experimentado sus propios límites de acción. Prometeo es la representación de la vinculación estrecha entre miseria y

---

<sup>7</sup> Ver Esquilo: „Prometeo encadenado“, en *Tragedias completas*, ed. por José Alsina, Cátedra, Madrid, 1996, págs.: 429-486.

<sup>8</sup> „Mas de Zeus suplicante la ira aguarda al que no atiende el grito del que sufre“. (Esquilo: „Las suplicantes“ en *Tragedias completas* (1996), pág. 176) Ver el comentario de Simone Weil sobre este verso en *Intuitions pré-chrétiennes*, La Colombe, París, 1951, pág. 108.

<sup>9</sup> Así lo afirma Carlos García Gual, quien le critica a Simone Weil el hacer una interpretación de Zeus, y de los dioses griegos en general, demasiado cristianizada. Los moradores del Olimpo, en su opinión, se caracterizan precisamente por no manifestar caridad ninguna hacia ellos mismos. Ciertamente en el *Prometeo encadenado* Esquilo no parece poner en boca de Zeus ninguna palabra compasiva hacia Prometeo, por ello recurre quizá Simone Weil a otra obra de Esquilo, *Las suplicantes*, donde -según ella- esta compasión se percibe más claramente. En opinión de José Alsina, es precisamente en *Prometeo encadenado* donde la figura de Zeus aparece con “unos rasgos titánicos y negativos” que en la obra posterior de Esquilo serán dulcificados, adoptando un talante más humano. (Ver: Esquilo, *Tragedias completas* (1996), pág. 429.) En *Prometeo encadenado* no aparece por ningún lado ese Zeus amable y misericordioso del que nos habla Simone Weil. Lo interesante del análisis de la filósofa francesa sobre el texto de Esquilo no es su interpretación de Zeus, efectivamente demasiado cristianizada como le reprocha García Gual, sino el análisis de la conexión entre la miseria y dignidad a través de la figura de Prometeo. Aún admitiendo la objeción de García Gual -a quien agradezco su observación-, hay que añadir, sin embargo, que, sin bien en el *Prometeo Encadenado* no se observa ningún gesto de piedad de Zeus hacia Prometeo, no por ello se debe concluir que es característico de los dioses griegos el no mostrar compasión hacia ellos mismos. Basta con leer las primeras páginas de *Prometeo encadenado* para descubrir que los primeros en acercarse al desdichado Prometeo para consolarle son precisamente dos dioses, Hefesto y Océano, quienes le muestran gestos de solidaridad y de compasión. Así Hefesto, encargado de encadenar a la roca a Prometeo le dice: “Habéis cumplido ya, Fuerza y Violencia, las órdenes que Zeus os encargara; no hay nada que añadir. Pero yo, en cambio, no tengo corazón para amarrar a un dios, pariente mío, a este peñasco... (pág. 436) “¡Ay, Prometeo, por tus males lloro!” (pág. 439). También Océano le dirige palabras consoladoras: “Compasión por tus pesares debes saber que yo siento...” (pág. 450) Aunque Zeus no aparezca con rasgos compasivos en este texto de Esquilo, como bien objeta García Gual a la interpretación de Simone Weil, no se puede derivar de ello, sin embargo, que es característico de todos los dioses griegos la absoluta falta de piedad hacia ellos mismos.

dignidad. Esquilo muestra en esta tragedia que no hay ningún motivo de alegría en la contemplación del dolor ajeno y que todo dolor, provenga de donde provenga, es digno de ser respetado. En el reconocimiento del dolor del otro ocurre algo muy importante: el carácter personal del dolor deja paso a su carácter "impersonal", porque la miseria del ser humano no se reduce al dolor concreto de un individuo, sino que es el dolor *de todo individuo*. Hay una diferencia por tanto entre el "dolor personal" y el "dolor impersonal" y la miseria es siempre un dolor impersonal.

Para clarificar esta distinción nada mejor que recurrir al los escritos de Simone Weil, quien diferencia entre dos tipos de dolor: a) aquel en el que el dolor sufrido se transforma en un mal ("dolor expiatorio") y b) aquel en el que el dolor sufrido es iluminado por la gracia y contribuye al bien ("dolor redentor"). En el primer caso el dolor es "expiatorio", porque a lo máximo que llega el ser humano a través de él es a expiarlo sacándolo de sí mismo, aunque sea a costa de transferirlo a otro. Estos, en hacer pagar al otro por el dolor que yo sufro.<sup>10</sup> En el segundo caso el dolor es "redentor" porque a través de él, el ser humano puede acceder a la compasión hacia el otro.<sup>11</sup> En ambos casos el dolor existe y la persona sufre, pero mientras en el "dolor expiatorio" este dolor toma la forma del mal, en el "dolor redentor" toma la forma de un bien; en el primer caso el dolor degrada a quien lo sufre, en el segundo lo ennoblece (CIV: 63). La diferencia radical entre ambos tipos de dolor consiste en que, mientras en el "dolor expiatorio" se trata de sacar de sí cuanto antes este dolor para transferirlo al otro, en el "dolor redentor" se trata de no propagar este dolor, sino conservarlo en sí mismo hasta que devenga algo puro e inocente y no se propague más; es decir, hasta que el dolor devenga algo humano. (Esta idea de saber retener el dolor en sí mismo es descrita por la filósofa con una bella metáfora: hay que saber abrazar pacientemente al camaleónico Proteo, el infeliz dios que adopta todas las formas y colores posibles, hasta que por fin tome el aspecto humano.) El "dolor expiatorio" corresponde, en mi opinión, al dolor personal por la siguiente razón: el ser humano que sufre considera su propio dolor como un castigo y busca una consolación o recompensa a su dolor. Y la forma más fácil y cobarde de encontrar esta satisfacción es propagando más dolor a su alrededor. Así, lo que en un principio era solamente dolor acaba transformándose en un mal, porque el propio dolor sirve como excusa para propagarlo. El "dolor redentor" corresponde al dolor impersonal por el siguiente motivo: el ser humano que sufre considera su dolor no como un castigo de los dioses, sino como una condición misma de su existencia. Esto es, no sufro precisamente por ser yo -aspecto "personal", sino porque soy humano -aspecto "impersonal". La conciencia de este hecho permite renunciar al deseo de transferir mi dolor al otro. De este modo el dolor no acaba transformándose en un mal, sino todo lo contrario, en un bien, al eliminar la sed de venganza y la espiral de violencia. Aquiles interrumpe su venganza de arrojar el cadáver de Héctor a los perros al reconocer en el dolor de Príamo por su hijo Héctor, su propio dolor por su amigo muerto Patroclo. Por ello este dolor es redentor, porque a través de él se redime el mal que muy frecuentemente va acompañando al dolor.

El sentimiento de la miseria es la conciencia del dolor impersonal y redentor. Es, en términos de Simone Weil, "malheur", que podría ser traducido como "desgracia" o -como propone Carmen Revilla- desventura.<sup>12</sup> El "malheur" o la desgracia es algo

<sup>10</sup> "Si l'âme qui tombe dans ce malheur a en partie aboli en soi le je pour laisser place à Dieu, mais non pas complètement, le malheur produit le double effet (...) Douleur expiatrice". (CVII: 467)

<sup>11</sup> "Douleur rédemptrice. Quand l'être humain est dans l'état de perfection, quand par le secours de la grâce, il a complètement détruit en lui-même le je (...) Par la douleur rédemptrice, Dieu est présent dans le mal extrême". (*La pesanteur et la grâce*, Plon, París, 1948, pág. 30)

<sup>12</sup> C. Revilla: *Simone Weil: nombrar la experiencia*, Trotta, Madrid, 2003, pág. 163

bastante más complejo que el dolor.<sup>13</sup> No es el dolor del que sufre eventualmente para obtener un beneficio, como por ejemplo, los soldados de Napoleón que partían alegres al frente, aun sabiendo lo que sufrirían allí, pero con la idea de obtener una recompensa o de alcanzar el honor (CVI: 394). No es el dolor del deportista que participa en una competición, pues la esperanza de ganar le ayuda a soportar el sufrimiento. Tampoco es el dolor del que asume voluntariamente el martirio, porque su nombre pasará a la historia para un determinado grupo de gente y en esa fama posterior ha encontrado ya la recompensa a su martirio (CVII: 417, *La pesanteur et la grâce*: 94, 98). Ni tampoco es el dolor del masoquista, ya que su sufrimiento no proviene aquí del acontecer en el mundo, sino de la búsqueda de una satisfacción personal. Nada hay de humano en buscar el dolor. El aspecto humano del dolor consiste en no transformar el dolor sufrido en un mal. En todos estos casos aquí mencionados se trata de formas de un “dolor personal”. Este aspecto personal del dolor conlleva que el conocimiento del mundo que se obtiene a través de él sea un conocimiento también “personal”. Es decir, un conocimiento imperfecto e irreal, donde la ilusión de transferir el dolor al otro se confunde con la impresión de que se carece de límites de acción. Es como si el hecho de poder propagar el propio dolor tuviera como efecto el poder espantar definitivamente de uno mismo el sufrimiento. El sentimiento de miseria, por el contrario, procede de la conciencia de nuestros propios límites de acción. Esta conciencia conlleva dolor, pero también un aspecto cognitivo, a saber: nos proporciona un conocimiento real y auténtico de este mundo, que no consiste en otra cosa que en la convivencia entre seres que se limitan mutuamente.

## Conclusiones

El sentimiento de miseria es un tipo de dolor o una forma de sufrir que refleja una enorme dosis de generosidad. Porque este sentimiento supone el renunciar a la forma más fácil y rápida de resarcirse del propio dolor, es decir, de propagarlo automáticamente a su alrededor. Es necesaria mucha generosidad para saber transformar el aspecto personal de dolor en un aspecto impersonal. La dignidad del ser humano reside en su renuncia a transformar el dolor en un mal. Por ello existe una conexión estrecha no entre la dignidad y el dolor, sino entre la dignidad y el sentimiento de miseria.

Lo que hace singular y resulta de interés la lectura de las obras clásicas griegas es, en mi opinión, que no relatan la experiencia del dolor, sino de la miseria. He puesto algunos ejemplos de Homero y de Esquilo, pero podrían ser también de Tucídides y su magnífico relato de la guerra del Peloponeso o también cualquiera de las tragedias de Sófocles. Aun no perteneciendo al mundo clásico griego me gustaría terminar esta comunicación haciendo una referencia a un texto denso, duro y muy impactante sobre la vinculación entre el sentimiento de la miseria y de la dignidad. Me refiero al „Ejemplar de una vida humana“ de Uriel da Costa. Para los que no estén familiarizados con este autor, solamente añadir una palabras sobre el contexto en el que surge este breve relato en el cual se narra una experiencia desgarradora vivida por el propio autor. El judío sefardí Uriel da Costa vivió en la Holanda del siglo XVII y perteneció a la misma comunidad que Spinoza. Fue expulsado de la comunidad a causa de su interpretación de las Escrituras y con ello condenado al ostracismo. La situación resultaba tan insoportable para él que finalmente accedió a solicitar el perdón de la comunidad y su reinserción en ella. Este perdón incluía, sin embargo, una serie de golpes y de vejaciones públicas en las que todos los miembros de la comunidad

---

<sup>13</sup> “Il ne s’agit pas de la douleur ou de la souffrance, qui sont des sensations, des états d’âme...Il s’agit de bien autre chose. Il s’agit du malheur. Le malheur n’est pas un état d’âme”. (*Pensées sans ordre concernant l’amour de Dieu*, Gallimard, Paris, 1962, págs. 121-122)

tomaron parte. La ceremonia de reinserción fue tan humillante que da Costa escribió este breve texto relatándola y a continuación se suicidó.<sup>14</sup> Lo tremendo de este texto no es la detallada descripción del catálogo de humillaciones al que se vio sometido, sino la constatación de que el sufrimiento aquí no conlleva ningún conocimiento ni ninguna compasión, sino que se transforma en el mal. La comunidad contempló en da Costa a un ser miserable, pero fue absolutamente incapaz de ver la miseria de sí misma al imponer su brutal castigo. Cuando el miserable es siempre el otro y no uno mismo, el aspecto humano del dolor se pierde. Y la dignidad también. Porque lo que engrandece al ser humano es, como dijo Pascal y repitió Simone Weil, es el empezar por reconocer la propia miseria, no la ajena.

### Bibliografía

- da Costa, Uriel: *Espejo de una vida humana*, ed. por Gabriel Albiac, Hiperión, Madrid, 1984
- Esquilo: *Tragedias completas*, ed. por José Alsina, Cátedra, Madrid, 1996
- Homero:
  - *Iliada*, ed. de A. López Eire, Cátedra, Madrid, 1997
  - *Odisea*, ed. de J. Alsina Planeta, Barcelona, 1980
- Pascal, Blaise: *Pensamientos*, ed. de Mario Parajón, Cátedra, Madrid, 1998
- Revilla, Carmen: *Simone Weil: nombrar la experiencia*, Trotta, Madrid, 2003
- Weil, Simone:
  - *Cahiers IV-VII* (sept. 1941-febr. 1942), Gallimard, París, 1997
  - *Intuitions pré-chrétiennes*, La Colombe, París, 1951
  - *La pesanteur et la grâce*, Plon, París, 1948 (1954)
  - *Pensées sans ordre concernant l'amour de Dieu*, Gallimard, París, 1962.

---

<sup>14</sup> Uriel da Costa: *Espejo de una vida humana*, ed. por Gabriel Albiac, Hiperión, Madrid, 1984